

Marcos Rodríguez

La muerte de Eugenia

Mención especial del Séptimo Concurso Literario Gramma

Mucho se ha dicho sobre mi caso. Se dijo, y de vez en cuando aún se dice. Yo escucho, como escuché desde el principio, las historias que todos cuentan sin saber que los escucho. En los años que me separan de aquel día he oído cada suposición imaginable, desde lo más absurdo hasta lo más absurdo. Y de oírlas narrar tantas veces, las cosas han comenzado a confundirseme. Soy un hombre viejo, y he aprendido que, desde el momento en que se resolvió todo aquello, ya no importa qué crea todo el mundo. Ellos no saben, y yo no recuerdo, así que probablemente no pasara como ninguno de nosotros dice que pasó. A nadie le importa realmente. Soy apenas un tema de conversación, una leyenda infame. Estoy cansado como para defenderme, y no pretendo hacerlo. Solamente yo conservo intacto su nombre y su pasado. Sin embargo, su rostro se ha perdido en las tinieblas. Pero la amé, sí, eso lo sé. Yo amé a Eugenia, ella era hermosa. Cómo fue que todo eso acabó de la forma en que lo hizo, quisiera saberlo, o poder explicarlo.

Conocí a Eugenia en un baile, una fiesta de un primo mío, amigo suyo, un cumpleaños. Fue una historia de noviazgo, nos casamos. Nunca llegamos a tener hijos, ella no podía concebir. Pero vivimos felices, catorce años de casados. Un día, cuando volví a la casa después del trabajo, la encontré muerta sobre el piso del salón comedor. Tenía el cuello roto.

Vinieron la policía y los médicos, revisaron todo, analizaron todo. En aquella época no había los adelantos con que ahora cuentan los forenses. De todas formas fue un caso relativamente sencillo. Dios sabrá por qué se lo cuestionó tanto.

Si se hubiera de dar crédito a lo que se dice por ahí, habría que creer que mi esposa no murió realmente, sino que vive en alguna campiña de Europa, con una nueva vida, y una nueva fortuna que se robó al irse. Pero yo sé dónde está su tumba. Y cual-

quiera que desee ir a verla, está invitado a hacerlo. Es la parcela 59 del cementerio local. Pero eso no le importa a nadie, ¿verdad? A la hora de calumniar, ningún límite se respeta.

Revolviendo los papeles, los abogados llegaron a determinar que la mayoría de nuestros bienes, incluida la empresa, estaban a su nombre en el momento del accidente. Así como también descubrieron un importante seguro de vida a su nombre. ¿Y qué? Los dos lo teníamos. Pero fue esto lo que suministró un «motivo», ¿verdad? Esto fue lo que los hizo dudar.

En aquella época se nos consideraba una pareja feliz. Cuando el hecho ocupó los titulares de los diarios, sólo los que eran de alguna ciudad lejana llegaron a insinuar la posibilidad de que yo la hubiera matado. Pero nadie lo creía así. Aquellos que dicen que nosotros estábamos teniendo problemas, comenzaron a murmurar mucho tiempo después. El jardinero nos tenía envidia. ¿Qué sabe él? Nosotros nos queríamos mucho, yo la amé. Por supuesto que cuando me empezaron a interrogar, de pronto todos supieron que yo era el asesino. Y ya nada me pudo salvar, nada excepto la verdad. Pero ellos nunca lo creyeron, no les importó. Yo amaba a mi esposa, nunca la engañé. Si tardé en llamar a la policía cuando volví aquel día, fue precisamente por el impacto de verla ahí tirada. No había sangre en ningún lado, pero supe al instante que estaba muerta.

Dijeron todos que la había matado yo, que la había empujado por la escalera. No, en realidad todos no. Algunos creían que la había ahogado. ¿Ahogado? Pero si tenía el cuello roto. Sí, pero siguieron diciendo eso por bastante tiempo, por ridículo que suene. Otros estaban seguros de que la había envenenado. No sé para qué, si después iba a partirle el cuello. Pero no hay argumentos

que valgan con esta gente. Es casi una superstición tener una teoría del asesinato de Eugenia. Mi esposa era una mujer conocida en la ciudad, muy querida por lo que parece. Pero yo no la maté, y nadie se quiso convencer nunca de eso. Así como todos querían a mi mujer, a mí todos me odiaban. Yo era la cara del monstruo, el dueño de la fábrica que empleaba a la mayoría de la gente del pueblo. A mi esposa la amaban, ella era su princesa. *La bella y la bestia*, nos decían. Creo que en un principio fue aludiendo a mis rasgos físicos, luego llegaron a creérselo. Pero Eugenia sí supo ver más allá. Ella también me amaba. No, no fue como ellos dijeron. Ella sí me amaba, sí que lo hacía. Sí, yo tenía la fortuna, pero ella podría haber tenido a cualquier hombre, al que eligiera, y me eligió a mí. Me amaba, y éramos felices.

Si hubieran conocido a Sebastián, nunca hubieran imaginado que ella lo amaba. No, nunca podría haber sido así. Él era el gerente de la fábrica, pero sólo por sus capacidades administrativas. Como persona, era intratable. Y Eugenia tenía buen gusto. Si realmente hubiera querido escaparse, divorciarse o irse, ¿por qué no se encontró nada? Eso sí que me hubiera hundido en el juicio. Pero nadie encontró nada. Además, si la tiré por las escaleras, ¿cómo llegó hasta el comedor? El pie del último escalón no acaba sino en el hall de entrada, como a cinco metros del lugar donde la encontré. ¿Para qué iba a arrastrarla hasta ahí, dejarla, y llamar yo mismo a la policía? Pero ellos nunca entenderán.

No, es cierto que no había señales de que alguien hubiera entrado en la casa. Ni tampoco faltaba nada en ninguna parte. Ni sangre ni señales de pelea. Ni una sola pista. ¿Pero eso es mi culpa? No sé cómo fue. ¿Quizás lo hizo Sebastián! O el jardinero, ese desagradecido que estaba enamorado, el pobre, de mi mujer. No sé. Yo tengo muchos enemigos, muchos. Ya entonces los tenía, siempre me han acosado. Son todos ellos, los murmuradores. ¿Qué les hice para que me odien tanto?

¿Pero si yo estaba en otra parte! ¿Estaba ocupado, todos me vieron! En el juicio se dieron cuenta de que era inocente. ¿Por qué se siguen preguntando? ¿Qué más quieren? Es cierto que dudaron, que vacilaron cuando empezaron a averiguar. Y yo tuve

que convencerlos de que era inocente. Pero la verdad logró triunfar, y se hizo justicia.

No tienen idea, ni idea de lo que realmente pasó. Lo saben, pueden consultarlo. Lo dice el informe del médico: murió de un fuerte golpe en el cráneo, que resultó en una fractura de las vértebras de la nuca. Tengo testigos que me vieron todo el tiempo. ¡Fui yo quien llamó a la policía! ¿Por qué iba a hacer eso si yo la asesiné? ¿Qué sentido tendría? Cuando todo terminó, podría haberme ido a alguna otra parte, dejar este pueblo maldito. Pero eso hubiera sido tanto como darles la razón, casi como si me sintiera culpable. ¡No me siento culpable! Y acá estoy, todavía injuriado por la gente de esta ciudad.

Esos ignorantes no saben lo que realmente era, lo que pasó. ¿Cómo podrían saberlo? Ni yo lo sabía. Desde que terminó el juicio ya no me he preocupado por tratar de convencer a nadie. Todos me han abandonado, pero ya no me importa. ¡No saben, no pueden saberlo! Que ella me quería dejar, pero no por el inútil de Sebastián. ¡Me quería dejar por Ramona, esa secretaria ineficiente! Ni siquiera fue por Sebastián. ¿Cómo podría haberlo sabido? Los ojos no cabían en mi cráneo, ni las uñas en mis manos, cuando supe la verdad. ¿Cómo pudo hacerme eso? Nadie lo sabe, por supuesto. Me encargué de que nadie lo supiera. Podría haberlo soportado todo, menos eso. Me ocupé de que nadie lo supiera. ¿Cómo podrían saberlo? A Ramona sí la maté, pero con ella nadie sospechó. ¿No es irónico? A Eugenia no. Todo esto lo supe revisando sus papeles, después. De aquel día sólo recuerdo eso, y el deseo irrefrenable de estirar mi mano con fuerza, atravesar las tinieblas, agarrarla, apretar mis manos en su carne.

Yo no podría haber matado a Eugenia. Cualquiera que me conozca sabe eso. Yo amaba a mi mujer, por eso no lo hice. ¿No se dan cuenta? Cuando la encontré, no estaba vestida, por eso tardé en llamar a la policía. No podía dejar que la vieran así. Todavía recuerdo la expresión de sus ojos. Al otro día Ramona vino a verme a la oficina. Aquella mujer... yo ya lo sabía, pero ella no. Su última palabra no llegó a terminarla. Nunca supo callarse esa mujer mía.